



Siglo XXI... todo un desafío!

Susana Stock

Orientadora Familiar y Lic. en Ciencias para la Familia

Es imposible desconocer que, desde fines del siglo XX, vivimos en un mundo convulsionado en donde son varios los factores y las amenazas que han afectado las relaciones interpersonales y por ende, al hombre en todas sus dimensiones.

La globalización, el avance de las nuevas tecnologías, la incorporación de la mujer al mercado laboral, los adelantos científicos, los modelos políticos y económicos, la influencia de los medios de comunicación social en la vida cotidiana, el hambre, las guerras y las ideologías son algunos de los factores y las amenazas que han desequilibrado el ecosistema y afectado la ecología humana avasallando y deteriorando la dignidad del hombre.

Este tsunami arrasa con las aspiraciones más genuinas del hombre: la búsqueda de su felicidad y del sentido a la vida. Aspiraciones que solo un hombre libre y autónomo puede ser capaz de ir en búsqueda de ellas a través de un proyecto de vida diseñado por sí mismo. Y en ese ejercicio de la libertad por el cual toma sus propias decisiones y se hace responsable de las consecuencias que ellas acarrea, el hombre logra encontrar ese sentido que justifica su existencia, que es la razón de su vivir. De este modo, cuando ese desafío y misión – la búsqueda del sentido y de la Verdad – se cumple, el hombre es feliz.

Este es el desafío del Siglo XXI... que el hombre, oprimido por las sub-culturas del consumismo, hedonismo y permisivismo – vuelva a cimentar sus raíces en los valores que hacen a su integridad; para ello, es indispensable que las instituciones recuperen su rol social y educativo para que pueda desarrollar sus potenciales y perfeccionarse y de este modo, contribuir al bien común.

Es bien sabido, que en la **familia** – escuela por excelencia – el hombre aprende a *ser persona* y es en este ámbito, donde adquiere los valores sociales para poder vivir en comunidad. En ella, donde es aceptado y amado incondicionalmente, aprende aquellos hábitos saludables para mantener vínculos estables intrafamiliares y sociales y para asumir compromisos en los otros ámbitos donde se perfecciona en correspondencia con otros. Esta vocación de servicio, de “estar dispuesto a” es lo que, en definitiva, cambiará la concepción de lo que es el mundo hoy: el egoísmo y el aislamiento dará lugar a un mundo más solidario, más equitativo y justo.

Hasta ahora, vimos como el hombre aprende a *ser persona* en la familia y cómo con lo aprendido y adquirido en ella, el hombre es capaz de ponerlo al servicio de su comunidad. Esto nos lleva a pensar que el hombre no es un ser aislado ni solo, sino que se perfecciona como ser vincular y ser social. Se enriquece a partir de su comunión con el otro, de la entrega y ayuda mutua: dando lo mejor de sí enriquece su hábitat, su comunidad y a su vez, a sí mismo.

El hombre es una unidad y como tal, necesita “ser” en todos los ámbitos donde se desempeñe. El trabajo es una parte importante de esta trilogía “**familia – empresa – sociedad**” donde la persona es el eje central.



La dinámica que fluye entre estos ámbitos se retroalimenta por ser la persona su protagonista con lo cual, la conciliación entre estos ámbitos es fundamental. Estos ámbitos conforman el entorno en el cual vivimos y todo lo que acontece en ellos, nos afecta así como también, todo lo que nos sucede, influye en el entorno. Nuestro sentir y nuestro ser se reflejan en cada una de nuestras acciones; por ende, somos nosotros los que construimos nuestra sociedad.

Estas tres áreas **“familia – empresa – sociedad”** tienen peso propio, un valor en sí mismo pero es importante destacar que la **familia** como “servicio público por excelencia” necesita del apoyo de otras instituciones para que pueda cumplir con su rol educativo, de contención afectiva y de desarrollo humano.

Hoy en día, la institución familiar está desprestigiada y desvalorizada y es imperante recuperar su valor como tal. Esta crisis que empaña a la **“familia”** se traduce en la crisis social en la que estamos inmersos y que ahonda en la crisis moral que atañe al hombre. Esta deshumanización y desequilibrio en la ecología humana, nos señala cuán amenazante es este mundo de hoy donde las economías y el dinero ocupan espacios preferenciales de prestigio social así como también, el trabajo remunerado dejando de lado aquellos que se realizan, en el ámbito doméstico, por ser no remunerativo. La independencia económica y el prestigio social conseguido a través del trabajo remunerado, ha relativizado el valor de la familia como formadora de personas.

Es así, como los niños pasan horas solos en casa frente al televisor o computadoras, o sobre-exigidos con actividades extracurriculares y consecuentemente, no tan solo se ve afectado el rendimiento escolar sino que además y sobre todo, la falta de educación de su carácter debido a la ausencia de los padres. La escasa participación familiar y el poco tiempo compartido en las comidas familiares producen problemas de comunicación y de socialización y consecuentemente, aumenta los riesgos de adicciones y consumo de drogas. Estudios realizados afirman que *“(…) existe una relación estrecha entre las comidas familiares y la producción de capital humano, social y moral.”*¹

Con estas expresiones, no se desmerece el valor significativo que el trabajo tiene cuando es realizado con sentido y con la intencionalidad de culturalizarlo para satisfacer las propias necesidades y la de los demás. Ese es su real valor. Considerarlo como un fin en sí mismo, conlleva a la adicción o al rechazo. El fin del trabajo es la familia... es un medio al servicio de ella para satisfacer sus necesidades y así, poder disfrutar. El trabajo nos permite relacionarnos y comunicarnos con otras personas dando la posibilidad de autoconocernos, a enriquecernos a través de otros vínculos y a estar al servicio de los demás.

Estas relaciones interpersonales que surgen en los ámbitos profesionales y laborales así como el tiempo y esfuerzo abocado a las tareas específicas, perjudican y traen consecuencias en la familia debido al cansancio conseguido en la jornada; en consecuencia, los vínculos familiares se deterioran y las exigencias familiares se intensifican.

Entonces, cabe preguntarse: *“¿cuándo encontramos el sentido a nuestro trabajo?”* La respuesta es sencilla: *“(…) cuándo está al servicio de los demás, de su desarrollo y de su*

¹ National Center on Addiction and Substance Abuse de Estados Unidos



*felicidad (...)*², cuando la tarea está bien realizada sin importar su categorización y cuando nos sentimos felices de realizarla. Aunar estas premisas hace a la búsqueda del sentido al trabajo.

Es cierto que el mercado laboral está pensado por y para hombres del siglo pasado con la concepción de que la mujer tiene que estar abocada a las tareas hogareñas y a la educación de los hijos. La incorporación de la mujer en él, dificulta la conciliación entre **“familia – trabajo”** debido a la rigidez de este ámbito, al estilo de vida en Occidente y a la inmediatez de resultados exitosos que no facilitan la reflexión en la toma de decisiones. Esta situación provoca una fisura en el modelo de familia que entendemos vital para el desarrollo humano.

Para salvaguardar el concepto de familia como escuela de competencias y de valores humanos y educativos esenciales, es indiscutible la necesidad de legislar políticas integrales que promuevan la familia y otras laborales - flexibles - que permitan al hombre su realización.

Muchas empresas han recogido esta necesidad mediante políticas laborales empresariales que benefician a sus empleados y familias entendiendo de la importancia que tiene la conciliación en la vida de las personas. No podemos olvidar el rol del Estado en este tema el cual ha de ocuparse y preocuparse de dictar leyes acordes a la naturaleza humana y garantizar la oferta laboral con medidas que ayuden a su promoción. También, otros actores sociales como los medios de comunicación deben cuidar sus contenidos de modo que no contaminen la ecología humana.

La ausencia de conciliación en estos ámbitos trae aparejado consecuencias nocivas tales como: crisis matrimoniales y familiares, incertidumbre laboral, baja tasa de natalidad, ausencia de los padres, entre otras. No obstante, vale decir que esta situación afecta directamente a la realidad económica de un país más allá de las dificultades que se presentan en la familia y en la empresa.

Consensuar y compatibilizar lo privado con lo público en pos del bien-ser y bienestar del hombre es el desafío de estos tiempos. Trabajar mancomunadamente en esta tendencia, mejorará las relaciones interpersonales, familiares y laborales. Ante la disyuntiva de cómo encarar nuestra vida profesional y familiar, es indispensable conocer el “para qué” de uno y otro a fin de determinar el sentido de cada uno. Solo estableciendo prioridades se puede decidir responsablemente a sabiendas que las funciones parentales son insustituibles e indelegables y el capital humano dependerá de cómo la persona las ejerce.

No se trata de conciliar solo **trabajo-familia** sino todos los aspectos que dimensionan al hombre. El logro implica conciliar la propia vida abarcando los aspectos personales, familiares, profesionales y sociales.

Un proyecto de vida diseñado a la medida de cada persona que anhela una vida promisoriosa y feliz.

² Chinchilla, Nuria – Moragas, Maruja (2010), “Dueños de nuestro destino”, Edit. Ariel, Barcelona, Cap. 5, Pág 183